

# Índice de Piensa en mañana

[Portada](#)

[Entradilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Si tan solo pudiera despertar](#)

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

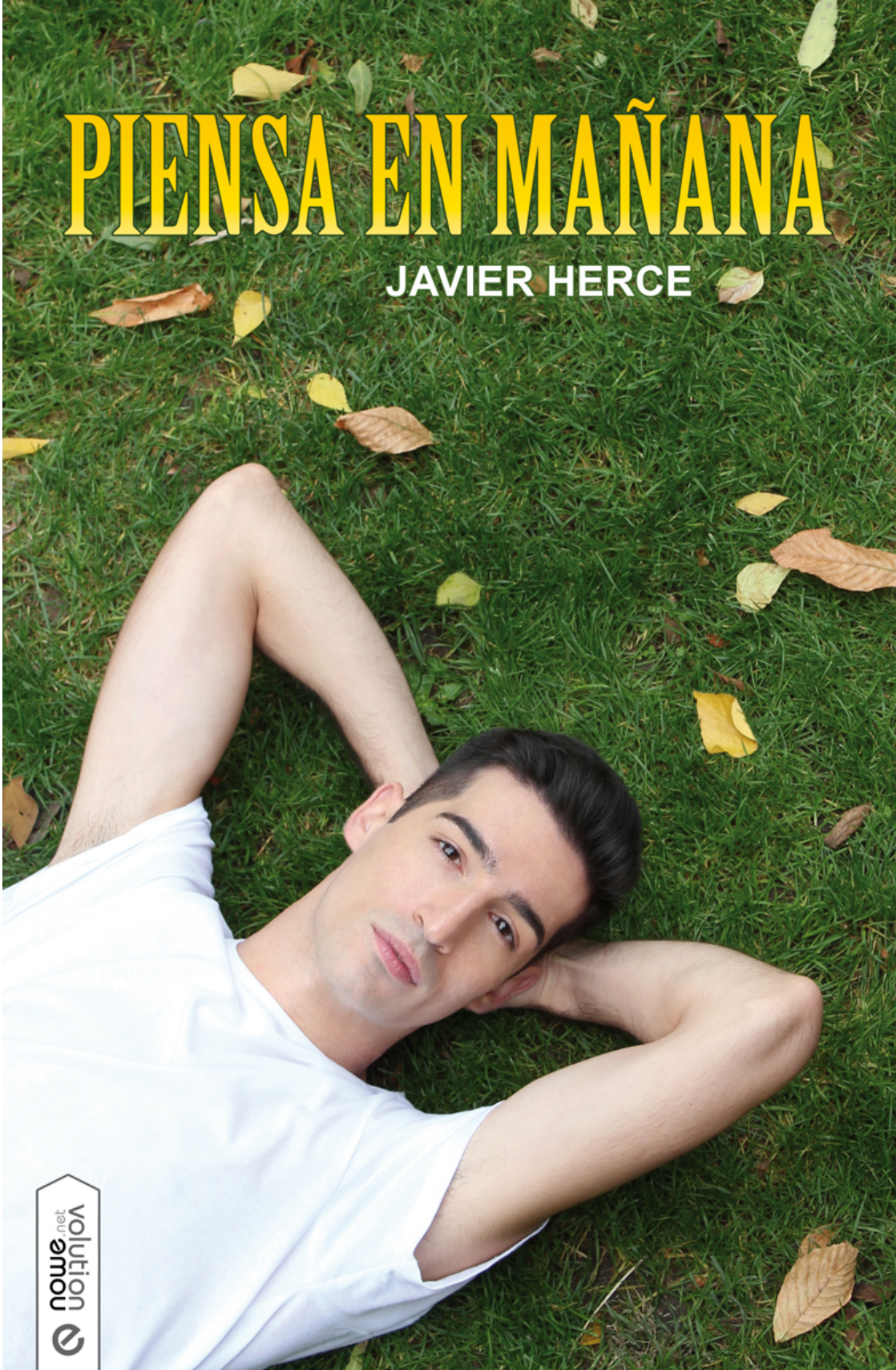
[12](#)

[13](#)

[Todo vuelve a empezar](#)

[Agradecimientos](#)

[Más libros de nowevolution](#)



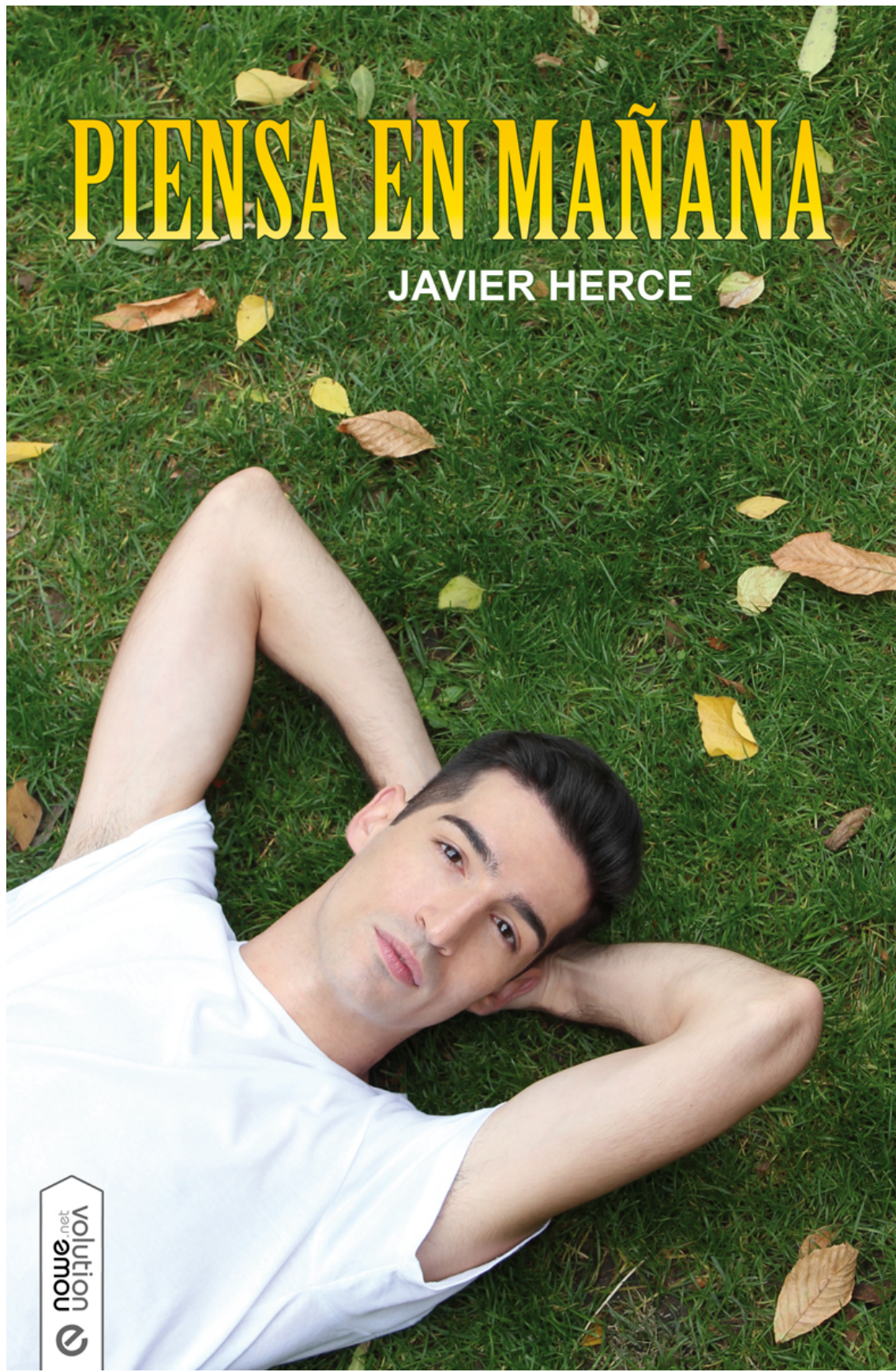
# PIENSA EN MAÑANA

JAVIER HERCE

evolition  
nowe<sup>net</sup>  
emou

# PIENSA EN MAÑANA

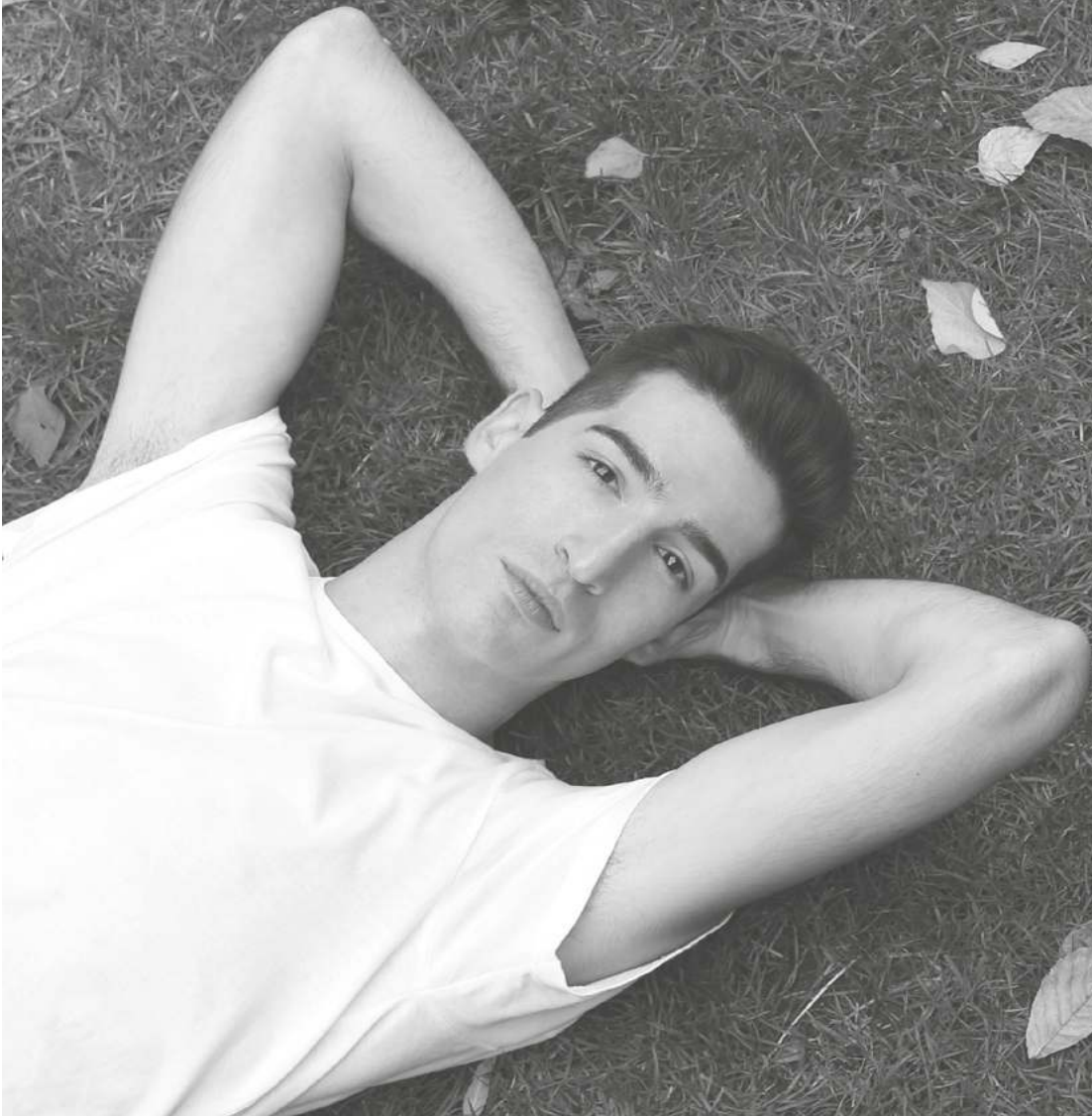
JAVIER HERCE





# PIENSA EN MAÑANA

JAVIER HERCE





**.nowevolution.**  
EDITORIAL

Título: **Piensa en mañana.**

© 2016 **Javier Herce**

© Diseño Gráfico: **Nouty**

© Fotografía de portada: **Javier Herce**

Colección: **Volution.**

Director de colección: **JJ Weber**

Editora: **Mónica Berciano**

Primera Edición Abril 2017

Derechos exclusivos de la edición.

© nowevolution 2017

**ISBN: 978-84-16936-60-1**

**Edición digital noviembre 2020**

Esta obra no podrá ser reproducida, ni total ni parcialmente en ningún medio o soporte, ya sea impreso o digital, sin la expresa notificación por escrito del editor. Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. conlicencia.com - 91 702 19 70 / 93 272 04 45.

**Más información:**

[www.nowevolution.net](http://www.nowevolution.net) / **Web**

[info@nowevolution.net](mailto:info@nowevolution.net) / **Correo**

[nowevolution.blogspot.com](http://nowevolution.blogspot.com) / **Blog**

[@nowevolution](https://twitter.com/nowevolution) / **Twitter**

[nowevolutioned](https://www.facebook.com/nowevolution) / **Facebook**

[nowevolution](https://plus.google.com/nowevolution) / **G+**





*Esta novela está dedicada a la memoria de mi padre,  
Jesús Herce Preciado, fallecido en un accidente de tráfico  
el 14 de noviembre de 2016.*



# SI TAN SOLO PUDIERA DESPERTAR

Un grito ahogado  
Un dolor eterno  
Una herida dentro  
Esto es lo que siento

Un niño que llora  
Que tiene miedo  
No quiere estar solo  
Y llora en silencio

Trato de llenar todo este vacío  
Y no sentirme herido  
Pero este dolor que siento  
Sigue en mí

Ojalá quisieras verme de verdad

Este niño ya ha crecido sin ti  
En soledad  
Y sigue llorando por dentro  
Porque no estás

Si tan solo pudiera despertar

Aunque parezca que no necesito un abrazo tuyo  
Lo quiero igual que lo quise ayer

Acércate y mírame  
¿Qué ves?

Aquel niño que vive con miedo de ti

Que nunca quiso ser tu error, quiso tu amor  
Y ahora solo quiere despertar y aceptar la realidad  
Que nunca me querrás

Ese niño sigue dentro de mí, aquí  
Se pregunta por qué y no sé qué decir, no sé  
Prefiero soñar que vivir la realidad  
No estás

Javier Herce



## RECORDÁNDOTE...

La publicación de esta novela está muy marcada por un acontecimiento que tuvo lugar la noche del 14 de noviembre de 2016, cuando recibí una llamada de teléfono de la que no sé si alguna vez me repondré. Mi padre había muerto en un accidente de tráfico.

*Piensa en mañana* iba a haberse publicado por esas fechas, pero circunstancias editoriales hicieron que se retrasara hasta principios de 2017, como si todo estuviera preparado para que no coincidiese con su muerte, ya que no sé si habría sido capaz de poder estar a la altura de la publicación teniendo tan reciente ese acontecimiento.

Ha sido como si la novela hubiera tenido que esperar un poco para poder dedicársela a él. No veo una forma mejor de rendirle homenaje que dándole algo que es solo mío: mi obra. Él ha sido crucial en mi vida, con todo lo bueno y lo malo, porque de todo aprendemos y no solo las cosas buenas nos hacen ser lo que somos. Cada uno es un conjunto de todo, no solo de alguna cosa, y mi padre era un conjunto del que no podías ignorar ningún aspecto, porque entonces no habría sido él.

Sin darse cuenta me enseñó tantas cosas, que soy lo que soy en gran parte por él y eso es algo que siempre le agradeceré. Por eso esta novela se la dedico para que, esté donde esté (él no crecía en muchas cosas, pero seguro que en alguna parte le tienen reservado un hueco especial), pueda sonreír sabiendo que sigo luchando por ser algo en esta vida.

No sé si volveré a ser el mismo después de esto. Vaya manera de abrir el nuevo ciclo literario. Tantas cosas a la

vez... Mi reencuentro personal conmigo mismo, el cierre de una etapa literaria, la apertura de otra y la muerte de mi padre de forma tan trágica y tan gráfica. Demasiado en tan poco tiempo como para asimilarlo.

*Piensa en mañana* va para ti, porque ahora de verdad veo el sentido a todo y porque, de alguna forma, tú me ayudaste a escribir esta historia.

Hasta siempre, papá.

Javier Herce.





## LA HABITACIÓN PROHIBIDA

Se puso delante de la puerta. Después de decidir que había pasado el tiempo suficiente para enfrentarse a lo que guardaba al otro lado, fue poner la mano en el pomo y algo le dijo que aún no estaba preparada. Puede que fuera por el escalofrío que le transmitió el metal al tocarlo, o las imágenes como flashes que le asaltaban la mente. Recuerdos que seguían pesando y doliendo como el primer día.

Apartó la mano como si hubiera sentido un calambre y la frotó contra su estómago. Mordiéndose el labio inferior se dio media vuelta para no seguir mirando esa puerta que daba a la habitación prohibida, esa parte de la casa en la que solo había entrado una vez para encerrar una parte de su vida que jamás iba a volver. Se trataba de un habitáculo pequeño donde guardaba varias cajas de cartón que contenían todo lo que le quedaba de él. Bueno, casi todo en realidad.

Como dicen que nada es para siempre, esa mañana se había levantado pensando que ya había llegado el momento de enfrentarse a sus miedos y recordarlo como lo que fue, y no como algo doloroso que aún la hacía llorar.

—No debería darle tanta importancia —se dijo en voz baja—. Ahí solo hay cosas. Él no está dentro de esas cajas y abrirlas no debería hacerme ningún daño.

Giró de nuevo hacia esa puerta. Debía ser fuerte y aprender a dejar atrás las cosas que nunca iban a volver. Puede que si se decidiera a entrar, acabaría de una vez con

esa losa que tenía encima desde hacía años y que le pesaba tanto. Aún era muy joven y se merecía seguir adelante con su vida y ser feliz. Al menos tenía sus recuerdos, y eso no se lo quitaba nadie. Debería aprovecharlos para disfrutar en vez de para atormentarse.

Muy decidida, puso la mano otra vez en el pomo de la puerta, giró y la abrió.

Un olor a cerrado la golpeó haciendo que pusiera una mueca de desagrado. Eso era lo que pasaba cuando mantenías cerrada una habitación durante varios años. Se sintió un poco estúpida por haberse prohibido la entrada allí todo ese tiempo. ¿Qué daño podían hacerle unas cuantas cajas llenas de cosas pertenecientes a una etapa de su vida que le había dado tantas cosas buenas?

Como si se tratara del esfuerzo más grande que tuviera que hacer en toda su vida, puso un pie dentro y, tomando aire, entró. Ya estaba hecho. Había conseguido dar el paso más grande de los últimos seis años. Ese pequeño acto para ella supuso algo tan importante, que notó una lágrima caer por su rostro. Ahí dentro estaba él, esperándola en forma de libros, discos, ropa... cosas que nunca necesitaría para ella, pero que se negaba a tirar, regalar o vender.

Se acercó a una de las cajas, arrodillándose frente a ella sin pensar en el polvo que se pegaría en sus pantalones al hacerlo. Quitó la cinta adhesiva que mantenía su contenido cerrado y levantó las solapas.

—¿Qué haces, mamá? —Oyó a su espalda.

Se volvió sorprendida. Por un momento había olvidado que no se encontraba sola en casa y estaba sumergida por completo en la habitación prohibida, como si el resto del mundo no existiera.

El niño la miraba como si estuviera haciendo algo horrible. Era la reacción de alguien de cinco años al que le has enseñado que algo no se puede hacer y después ve que lo haces delante de sus ojos. Desde que tuvo uso de razón, le dijo a su hijo que esa habitación era la única parte de la

casa en la que no se podía entrar, bajo ningún concepto, y esa era la primera vez que la veía por dentro.

El pequeño siempre había imaginado que allí se escondían seres horribles que lo atacarían si abría la puerta, y ver que solo contenía unas cuantas cajas llenas de polvo le sorprendió tanto, que una parte de él no pudo evitar sentirse defraudado por no tener en su casa escondidos los monstruos que asaltaban sus pesadillas.

Al ver a su hijo delante de ella entre las cosas que contenían esas cajas, se recordó a sí misma que aún era muy joven, tan solo veintiocho años, y que le quedaba mucho por vivir, aunque estaba convencida de que jamás lograría experimentar cosas tan intensas como las que guardaba en su memoria y que la acompañarían siempre.

—Ven —le dijo haciéndole señas con una mano—. Acércate.

El niño vaciló al principio, mirando alrededor como si estuviera a punto de hacer la cosa más terrible del mundo, y dio un paso hacia adelante. Al ver que no pasaba nada por estar allí, pareció relajarse y fue hacia donde su madre lo esperaba arrodillada.

—¿Qué hay en esas cajas? —preguntó, pasando un brazo por los hombros de su madre.

—Recuerdos —suspiró ella con un aire de melancolía—. Solo eso.

—¿Por qué no podíamos entrar aquí?

Ella miró hacia las cajas haciéndose la misma pregunta.

—No lo sé —respondió la mujer. El niño, mucho más confiado dentro, se soltó de su madre, fue hacia una de las cajas y la abrió—. ¿Qué hay dentro? —preguntó expectante, sin atreverse a mirar.

—Ropa —contestó el niño, asomándose al interior de la caja y sacando una camiseta—. ¿Por qué guardas esto? ¿De quién es?

La mujer se quedó mirando la prenda y recordando con exactitud la última vez que lo vio con ella puesta. Lejos de

ponerse triste, la hizo sonreír con ternura.

—Si quieres —dijo—, cuando te valga, que va a ser dentro de muchos años, podrás ponértela.

—¿De verdad? —preguntó él, emocionado con su regalo.

—Claro. Todo esto va a ser para ti.

Mientras el pequeño revolvía la ropa en busca de algo que ya pudiera valerle, ella se volvió hacia la caja que había abierto antes de que él entrase. Dentro había unos cuantos libros desordenados y desgastados. Ella misma había leído alguno de ellos tiempo atrás. Empezó a sacar varios para ver sus títulos, hasta que se dio cuenta de que entre ellos había algo diferente. No era un libro, sino un cuaderno grueso, de tapas negras y maltratadas por el uso. Lo cogió y lo miró intrigada. Recordaba ese cuaderno, pero lo que no sabía era lo que podía contener. Alguna vez lo había visto escribiendo en él, aunque nunca se atrevió a preguntar por lo que allí plasmaba, y cuando lo guardó en esa caja no tuvo fuerzas para abrirlo. Ahora estaba en sus manos y podía comprobarlo ella misma, aunque por otro lado pensó que así violaría una parte de él que, si nunca se lo contó él, puede que tampoco debería saber tiempo después.

Cerró los ojos tomando aire y, sin mirar, abrió la tapa. El corazón empezó a latirle con fuerza mientras abría los párpados y bajaba su mirada hasta ver que en la primera página solo ponía, en letras grandes: «BRUNO». Se tapó la boca exhalando un grito enmudecido y dejando que el cuaderno cayese al suelo. Leer su nombre, con su letra, fue algo demasiado impactante para ella y, nada más hacerlo, comprendió qué era lo que contenían el resto de páginas manuscritas. Recordó que alguna vez él comentó que quería hacer algo así.

—¡Mira, mamá! —gritó el niño.

La mujer se volvió como si la hubieran despertado de una especie de estado letárgico. Vio que el niño había abierto otra caja y de ahí sacó una botella transparente con un barco dentro.

—Ten cuidado —dijo ella recobrando la respiración—, no lo vayas a romper.

No le hizo mucho caso a su hijo. Lo que de verdad le llamaba la atención era ese cuaderno que descansaba en el suelo frente a sus rodillas. Lo cogió y abrió al azar sus páginas, viendo la caligrafía escrita a pluma con tinta negra, como le gustaba a él.

Lo cerró de inmediato para no derrumbarse delante del niño. No quería que la viera llorar. Quiso decirle algo para que salieran de allí, pero vio que había sacado el contenido de otra caja y por el suelo estaban esparcidos varios vinilos y compact-discs. En otras circunstancias le habría reñido, pero aquello solo eran cosas. Lo que de verdad importaba de toda la habitación lo tenía entre sus manos.

Aferró el cuaderno contra su pecho sintiéndolo más cerca y, al levantarse para salir de allí, sonó el timbre del portero automático.

Por un momento había olvidado que iba a comer con Iván. Miró el reloj y comprobó que, como de costumbre, se había adelantado a su cita. Aún faltaban dos horas y ni siquiera estaba arreglada, aunque eso ya no era importante.

Fue hacia la entrada y abrió.

—Ya sé que aún no hemos quedado —dijo él entrando por la puerta—, pero he salido antes del trabajo y no sabía qué hacer para pasar el tiempo hasta la hora de la comida.

Ella lo miró ausente. Tenía suerte de contar con él, un chico de su misma edad, rubio, de ojos claros y una paciencia que había ayudado a que siguieran juntos dos años después de conocerse.

—No tiene importancia —dijo ella apretando el cuaderno.

—¿He venido en mal momento? —preguntó Iván notándola rara.

—No, no —contestó ella apartándose de la puerta para que entrase—, qué va. Anda pasa.

Al oír la voz de Iván, el niño salió de la habitación y fue corriendo hacia ellos, abrazando al hombre por las piernas.

Eso era lo que más le gustaba de él. Su hijo lo adoraba y sabía que aquello era mucho más de lo que cualquier hombre podría ofrecer.

Iván lo cogió en brazos para recibirlo con un beso.

—Este hombrecito se está haciendo mayor día a día —dijo soltándolo y dejándolo en el suelo—. Como sigas así, dentro de poco vas a ser más alto que yo.

—¡Ven conmigo! —pidió el niño emocionado, cogiéndolo de una mano y tirando de él—. Verás lo que hemos encontrado.

Ella intentó detenerlos, pero no pudo. La euforia de su hijo había hecho que casi salieran corriendo hacia la habitación prohibida, donde Iván se detuvo en el marco de la puerta mirando su interior sorprendido y después volviéndose hacia ella, mientras el niño le enseñaba todas las cosas que había sacado de las cajas.

—Pensaba que no querías entrar aquí —dijo Iván mirándola, sin prestarle atención al pequeño.

—Yo también —añadió ella soltando un suspiro—, pero algún día tenía que hacerlo, ¿no?

—Y supongo que ese cuaderno que sujetas con tanta fuerza, lo habrás sacado de aquí.

Ella miró hacia abajo, sintiendo cada palabra que estaba allí escrita, casi con dolor.

—Sí —admitió despegándolo de su pecho y tendiéndolo hacia él.

Iván lo miró con detenimiento pero, cuando fue a abrirlo, ella se lo arrebató.

—Es de Bruno —dijo él—, ¿verdad?

La chica volvió a pegar el cuaderno contra su pecho.

—Escucha, Iván. Será mejor que te vayas.

—¿Cómo? —preguntó él sorprendido, sin entender nada.

Ella volvió a mirar el cuaderno.

—Ha surgido un imprevisto —se excusó avergonzada— y no podré comer hoy contigo.

Se acercó a él y le besó en los labios para hacerle comprender que todo estaba bien entre ellos.

—La reserva está ya hecha —dijo él.

—Por favor —le suplicó la chica—, déjame el día para mí sola. Sabes que si no lo necesitase, no te lo pediría.

Iván señaló hacia el pecho de ella y dijo:

—¿Tiene esto algo que ver con ese cuaderno y con que hayas entrado ahí dentro?

—Sí —contestó ella mordiéndose un labio—, claro. Tiene todo que ver con eso.

Iván se volvió hacia el interior de la habitación, viendo cómo el niño se entretenía revolviendo cajas.

—Está bien —cedió sin mirarla—. Lo comprendo.

La mujer respiró aliviada.

—Te lo agradezco —dijo acercándose y besándolo de nuevo, casi al borde de las lágrimas—, de verdad.

Iván se marchó dejándola el tiempo que necesitaba. Se sintió afortunada por tener a su lado a alguien tan comprensivo. Sabía que no le ponía las cosas fáciles y que siempre había demostrado tener una paciencia enorme con ella. No sabía cómo podría pagarle todo lo que hacía día tras día.

Dejó que el niño se entretuviera con las cajas. Así podría estar tranquila el tiempo suficiente para adentrarse en esas páginas manuscritas. Lo que hubiese entre el resto de cosas ya le daba igual. Sabía que lo que de verdad importaba, lo más valioso, lo tenía entre sus manos y no podía esperar ni un minuto más para empezar a leerlo. Lo que allí había escrito le despejaría muchas de las dudas que seguía teniendo y la haría comprender mejor ciertas cosas. Puede que después pudiera, por fin, dormir tranquila por las noches.

Fue hacia su cuarto, se sentó en la cama cerca de una ventana por la que entraba bastante luz, abrió la tapa negra del cuaderno y comenzó a leer esperando que las lágrimas no le nublaran la vista.





## BRUNO

Supongo que casi todo el mundo guarda los primeros recuerdos de su vida como momentos especiales. Yo pertenezco al pequeño grupo de personas que no lo hace. Mis recuerdos de niñez están muy ligados a una figura paterna que me ha marcado de tal manera, que me hizo ser como soy. Intento ablandarme, pensar de otra forma, pero por más que busco dentro de mi mente, los únicos sentimientos que encuentro hacia él son de desprecio. Odio no, porque la verdad es que no creo que sirviera para nada, puede que porque en el fondo siempre me ha dado lástima, pero lo repudiaba por todo lo que nos hizo pasar a mi madre y a mí. Sobre todo a ella, que se llevó la peor parte.

Recuerdo que siempre me decía, incluso cuando era demasiado pequeño como para comprender sus palabras, que por mi culpa se había convertido en un desgraciado y había echado su vida a perder desde el momento en que vine al mundo. Solía gritarme una y otra vez que no me quería y que yo mismo comprobaría que cualquier día me iba a matar con sus propias manos para librarse de una vez de la carga que yo suponía para él. Es evidente que no llegó a hacerlo, porque si no, no estaría escribiendo esto aquí, pero el miedo que eso creó en mi interior me ha perseguido toda la vida.

Muchas noches las pasaba despierto, en vela con los ojos abiertos, tumbado en la cama y tapado hasta la nariz, alerta por si decidía que había llegado el momento de acabar

conmigo. Había trazado un plan y, en cuanto oyese que se abría la puerta, correría para meterme debajo de la cama y, aprovechando su desconcierto al no encontrarme, lograría huir. A medida que iba creciendo, conseguí dormir algo mejor, del propio cansancio, aunque no de forma plena, siempre con un ojo medio abierto y sin saber si lograría ver la luz del día. Así pasé mi niñez. Ahora que soy adulto sé que nunca habría llegado a matarme, pero un niño pequeño ve las cosas de otra forma y en aquellos años yo estaba convencido de que terminaría haciéndolo.

Mis padres se casaron en mil novecientos sesenta y ocho de penalti, como solía decirse en esa época, como muchos matrimonios que se formaron igual que el de ellos. Mi madre se había quedado embarazada de mí y se vieron obligados a pasar por el altar, porque por aquel entonces era impensable que un bebé naciera del vientre de una soltera, y el deber del culpable de que eso hubiera sucedido, el padre, tenía que asumir su responsabilidad y casarse con ella. Ese era el motivo por el que él decía que yo le había arruinado la vida, pero no solo me culpaba a mí de eso, sino que también le echaba la culpa a mi madre, como si ella hubiera sido la única responsable de quedarse embarazada y él no hubiese hecho nada para contribuir al error que terminé siendo yo.

Cuando ocurrió aquello solo tenían dieciocho años y, algo que puedo comprender, se les vino el mundo encima y muchas cosas acabaron de repente para los dos. No solo para él, sino también para mi madre. Aun así, no creo que sea un motivo para que mi padre reaccionase de esa forma. Mi madre se encontraba en la misma situación que él y su forma de llevarlo fue muy diferente a la suya. Yo creo que mi padre era una mala persona y ya está.

Como él no me quería, y no lo escondía, ella fue la que me quiso por los dos y me crió como si fuera a la vez mi madre y mi padre puesto que yo, lo que se dice tener padre con todo lo que esa gran palabra conlleva, nunca lo tuve.

Estaba cerca de mí, pero no existía de la forma que tenía que haberlo hecho. Veía a ese hombre como alguien que en su día hizo lo que tenía que hacer, aunque por su propio placer, y por quien yo estaba en este mundo, así que una parte de mí siempre ha estado agradecida por haberme dado la vida, pero nada más.

De todas formas, a mí nadie me preguntó y yo no pedí vivir, por lo que no creo que haya tenido la culpa de arruinarle la vida ni creo que me haya merecido que me tratara como lo hizo siempre. Si en todo eso había un responsable, ese era él, pero claro, es más fácil echarle la culpa al más vulnerable, en este caso a mi madre, y a mí, solo un niño que no sabía defenderse.

Mi madre, más que frágil, era una mujer débil, sí. Nunca fue capaz de plantarle cara ni de quejarse por las palizas que recibíamos. La pobre pensaba que él era su marido, por lo que tenía que aceptarlo y, lo que es peor, aguantarse. Yo creo que en el fondo se sentía culpable por haberse quedado embarazada y pensaba que se merecía el castigo. Mi padre se encargó de que se creyera todo eso y mucho más.

Cuando las palizas dejaban marcas en la cara de mi madre, las ocultaba bajo varias capas de maquillaje, aunque cosas como un labio roto o un ojo hinchado eran difíciles de ocultar, por mucho que se pasara horas en el baño frente al espejo con la brocha de polvos. Otra cosa muy distinta era cuando le ocasionaba lesiones como un brazo roto. Entonces ella le decía al médico que se había caído por las escaleras. Incluso recuerdo la vez que tuvieron que ingresarla en el hospital para hacerle unas pruebas, porque los médicos llegaron a pensar que no era normal que alguien perdiese el equilibrio con tanta facilidad y regularidad. Todos los resultados fueron normales, así que terminaron por pensar que estaba mal de la cabeza, cosa que en parte era cierta, porque si no, no habría aguantado una y otra vez semejante situación.

Mi caso era muy distinto al de ella. Cuando un niño ha vivido siempre en un ambiente como ese, termina por creer que todo lo que ve y padece es normal, que les ocurre a todos y que lo lógico es que un padre pegue a sus hijos y a su esposa. Incluso llegué a creer que al hacerme mayor tendría que hacer lo mismo, por mucho que me pareciera horrible y no quisiera hacerlo. Me casaría, tendría hijos, bebería a diario y les pegaría a todos hasta ver sangre. Eso contradecía a lo que sentía por dentro, ya que sabía que yo no era así en realidad.

Sí, mi padre también bebía, y mucho, cosa que agravaba la situación, porque rara vez estaba sobrio y el alcohol lo volvía más violento de lo normal, si es que era normal ser violento.

Solía esconder las botellas vacías de vino, ginebra y ron por todas las partes de la casa, como si al hacerlo nadie se fuera a enterar, pero mi madre las encontraba e, incluso, a veces también lo hacía yo. Ninguno de los dos decíamos nada. Nos limitábamos a tirarlas a la basura y a no pensar demasiado en ello. También pasaba horas al día sentado en la barra del bar. Yo lo prefería así, porque todo el tiempo que estuviera fuera de casa, lo ganábamos en tranquilidad, aunque esa práctica costara al bolsillo de la familia mucho más dinero.

Yo me negaba a convertirme en un monstruo cuando fuera mayor. Sabía lo que era experimentar ese dolor y esa tristeza. No quería hacerle a mi futuro hijo lo mismo. Ni a él ni a nadie más.

En cambio, cuando las palizas eran a mí a quien dejaban la cara morada, me quedaba en casa sin ir al colegio ni salir a la calle el tiempo necesario, hasta que los morados desaparecieran. Debido a eso, los profesores siempre me trataron de una forma especial, como si fuera un niño demasiado frágil y enfermizo. Era raro el mes que no faltaba al menos un día, por lo que llegué incluso a repetir algún curso. Los demás niños del colegio casi no me

hablaban. Evitaban acercarse a mí, por si les contagiaba alguna enfermedad, cosa que yo no entendía, puesto que estaba convencido de que, igual que yo, ellos también tenían que quedarse alguna vez en casa curando sus moratones, aunque es verdad que rara vez que yo iba a clase había alguno enfermo, pero claro, de pequeño uno no cuestiona esas cosas ni ata cabos de la misma forma que un adulto, y no me daba cuenta de que a los demás no les pasaba como a mí. Esto provocó que mi infancia fuera solitaria y me formara como un niño cerrado e introvertido. La única amiga que tuve durante todos esos años fue mi propia madre.

No se podía decir que mi padre fuese un hombre atractivo. Se trataba de un hombre muy corpulento y con una enorme barriga resultado de su afición al alcohol y a las comilonas. Se llamaba Pedro, aunque muchos en el pueblo se referían a él como *Pedo*, por lo mal que olía siempre. Ese era otro de sus defectos. Como si fuera alérgico al agua, ni la bebía, ni la usaba para lavarse, pese a que mi madre le pedía a diario que se diera un baño. Solo lo conseguía cuando, hartado de oírla, se bañaba, aunque eso ocurría menos de una vez al mes, y de verdad que no exagero. Sobre todo en verano, esto era algo brutal. Muchas veces, cuando ella le decía que olía mal, recibía una bofetada, así que poco a poco dejó de decírselo, por lo que la higiene de mi padre pasó a ser menor todavía.

El hombre trabajaba de albañil y a día de hoy sigo sin explicarme cómo es que nunca tuvo un accidente laboral, ya que muchas veces iba a trabajar afectado por el alcohol, o borracho del todo. Su trabajo era el único sustento con el que contaba nuestra pequeña familia, que quedaba en poco dinero si descontábamos la cantidad que se gastaba en beber y en otras mujeres. Sí, de esas que cobran. Esto hizo que siempre fuéramos más bien humildes y nunca pudiéramos optar a tener grandes cosas ni gastos fuera de lo necesario.

El nombre de mi madre era Paula, y era todo lo contrario a mi padre. Cuidaba mucho de su aspecto y era una mujer muy guapa y menuda. También se diferenciaba de él en que casi no salía de casa. Siempre estaba allí encerrada, limpiando o sin hacer nada importante. Cualquier cosa con tal de no relacionarse con los demás, algo que le costaba un gran esfuerzo, ya que con el tiempo mi padre había hecho que ella también se convirtiera en una persona muy introvertida, igual que yo. Había veces que solo salía de casa para hacer la compra o para llevarme al colegio. Siempre he estado convencido de que el único defecto real que tenía era haber conocido a mi padre. Todo lo demás que pudiera decirse de ella era consecuencia de él. Ojalá ese encuentro entre ellos nunca se hubiera cometido, aunque ello hubiera conllevado que yo no hubiese nacido.

Por mi parte yo era un niño delgado. Mi madre siempre me tenía que obligar a comer, aunque a mí me costaba mucho, no porque no tuviera hambre, sino porque siempre comíamos los tres juntos en la mesa y tener a mi padre en frente a mí me amedrentaba tanto, que se me cerraba el estómago. Por suerte eso no afectó a mi desarrollo físico y crecí con normalidad. Nací el veinte de junio de mil novecientos sesenta y nueve. Vivíamos en un pequeño pueblo de la sierra riojana llamado Villavelayo, cosa que a mí me gustaba mucho. Era una localidad muy pequeña, de apenas un par de cientos de habitantes, y mi padre viajaba a menudo a causa de su trabajo. Siempre salían obras en la empresa fuera del pueblo, puesto que allí en esa época se construía muy poco.

Vivíamos en una pequeña casa de piedra de una sola planta muy humilde, pero confortable. En Villavelayo la mayoría de las familias se mantenían con la ganadería y se vivía muy bien, por lo que yo quería ser pastor. Al tener muy poco dinero, yo pensaba que la albañilería era cosa de pobres, aunque al ir creciendo me fui dando cuenta de que eso no era así, ni mucho menos.